HERALDOS DE LA LUZ

VÍCTOR CONDE

Editorial Hidra

LA EXTRANJERA

Una ciudad cualquiera. Un tiempo cualquiera.

Un segundo antes de que la joven apareciera en el callejón no había nada allí. Oscuridad. Destellos de una farola lejana. Una hoja suelta de periódico que había apelmazado la lluvia, aplastándola contra el suelo para que el viento no se la llevara. Un animalillo de las cloacas que se aventuraba a dar un paseo por el mundo exterior, buscando comida.

Nada importante.

Luego llegó la luz, el nimbo dorado que arrancó sombras a los cubos de basura y a la ropa tendida en las ventanas, que calentó y evaporó el agua de los charcos. Y cuando la luz se extinguió, una figura humana quedó en su lugar.

La muchacha no aparentaba más de veinte años. Llevaba el pelo revuelto, formando una crin de león detrás de su cabeza, y vestía algo parecido a un traje oscuro que se le pegaba mucho al cuerpo, una tela formada por

diminutas piedras cosidas unas a otras. Tenía los pies descalzos, y agarraba con una mano un objeto pequeño, de plata.

Durante los segundos que pasaron después de su materialización, la joven, de piel muy negra y cejas espesas, pareció desorientada. Las náuseas hicieron que se inclinara para vomitar, pero nada salió de su estómago. Hacía días que no comía, y en ese momento se encontraba literalmente al límite de sus fuerzas.

Cuando logró controlar las náuseas, elevó la vista al cielo. Las paredes de los edificios se alzaban como centinelas mudos, vigilando lo que ocurría en los laberintos de callejuelas. La ropa tendida daba latigazos. Más arriba no se veían estrellas; nubes negras que amenazaban tormenta y el casual destello de un helicóptero eran los únicos elementos que transitaban el cielo.

La joven parecía inquieta. Cuando se sintió segura y supo que sus pies no la dejarían caer si intentaba andar, se apretó contra la pared y echó un rápido vistazo al exterior del callejón. Una amplia avenida sin coches se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Había pocos peatones, que se movían con prisa por ir de un lugar indefinido a otro. Nadie miraba a los demás a la cara. Los restos del periódico abandonado volaban entre las farolas.

—Es aquí... —murmuró la chica negra. El objeto que llevaba en la mano proyectó una suave luz rosada, y una figura parecida a una jarra se dibujó en la pared.

La joven lo tapó con la mano, haciendo desaparecer la figura—. Lo sé —le susurró al objeto de cristal—. No nos hemos equivocado esta vez. Creo que estamos en el tiempo y en el lugar correctos.

Atrapó al vuelo una de las páginas del periódico. Estaba muy arrugada, pero pudo distinguir la fecha impresa en el cabecero.

Sonrió. Esta vez, el Maestro se había aproximado muchísimo al Tiempo de Cambios. Un nivel de eficacia inusual en él a pesar de su grandioso poder, había que decirlo. Eso significaba que los chicos aún estarían vivos, y que residirían en la ciudad que se extendía como un fantasma a su alrededor. Si se daba un poco de prisa, puede que los encontrase antes que...

Un ruido la alertó.

Provenía de las profundidades del callejón, pero no del suelo, sino de arriba, de los pisos intermedios del edificio. Cuando la joven buscó nerviosa el origen del sonido, distinguió con el rabillo del ojo unas sombras más negras que la oscuridad color sepia de la ciudad, una sinfonía de claroscuros que, como una bandada de pájaros, se movía a gran velocidad sobre su cabeza.

—Oh, no. Me han seguido.

El objeto que llevaba en la mano, un espejo de plata con forma de lágrima, resplandeció con intensidad. El resplandor trató de crear una campana de protección alrededor de la muchacha, sin conseguirlo.

—No, no, conserva tus fuerzas —sugirió ella—. Si nos atacan ahora estamos perdidos. Tenemos que encontrar el santuario y llevar allí a la chica.

El animalito que había abandonado la cloaca también percibió aquella tenebrosidad de negro sobre negro. Intentó volver a la seguridad de la alcantarilla, pero cuando desapareció en las tinieblas algo debió de agarrarlo. Algo que ni los entrenados sentidos de la muchacha estaban preparados para ver.

Un chillido agónico, y el animal dejó de existir.

La joven no se lo pensó dos veces. Intentó convocar por acto reflejo la máxima expresión de su poder arcano, su espada-signo, pero fue inútil. El profundo dolor que sentía en el pecho era agotamiento. Si se empeñaba en materializar la espada, podría conseguirlo haciendo un esfuerzo que con toda probabilidad la mataría. Y no había llegado tan lejos para arruinarlo todo en los últimos metros.

Las presencias que intuía con su visión especial aún no se habían materializado, no se habían fabricado un cuerpo físico. Pero si podía sentirlas, es que estaban cerca. Y a veces bastaba con eso para que pudieran causar grandes daños, e incluso matar a los simples humanos con los que se tropezaban.

Su deber era evitarlo, así que abandonó el callejón. Se lanzó a caminar valientemente por aquella acera de una calle que nunca había visto, de una ciudad que no

conocía, rezando porque aún tuviera tiempo de encontrar a la primera muchacha.

Si ellos la atrapaban, su misión no sólo habría fracasado, sino que la humanidad, como conjunto, como entidad, como promesa de futuro, también fracasaría. Se vería abocada a un final prematuro y terrible.

No pensaba dejar que sucediera.

Para evitar el mismísimo fin del mundo, debía darse prisa.

Normalmente, aquel tipo de eventos se organizaban en el propio salón de actos del instituto. Pero un concurso de genios era diferente; se trataba de un acto más social que cultural, que servía para que los colegios e institutos (y sus respectivos ejércitos de padres) presumieran de los alumnos más capaces, exhibiéndolos ante el mundo para que todos viesen el gran nivel educativo que poseían.

El señor Velasco, coordinador de estudios del instituto de enseñanza secundaria Verdemar, se preparó mentalmente para este día durante los tres trimestres anteriores. No disimulaba cuando se frotaba las manos ante la posibilidad de un ascenso, anticipando el momento en que sus muchachos arrasarían en todas las materias, aplastando verbalmente a los empollones de los demás centros. Ahí va una andanada de matemáticas seguida

por el fuego graneado de química, literatura y filosofía. Y si no habéis tenido suficiente, tomad una ración de metralla algebraica con apoyo aéreo de las ciencias sociales. Historia del arte sería lanzada del portaaviones en alerta cinco, si la conquista del trofeo iba mal.

Aquella noche prometía ser memorable, digna de ser evocada una y otra vez al calor del fuego, como las epopeyas de la Antigüedad. Sería la noche en que lo premiarían con un ascenso a director regional de centros de enseñanza.

Y él estaría disfrutando al máximo del evento, de no ser por la presencia de Tanya.

Velasco sabía que en todos los cursos había una oveja negra, una uva podrida que, al meterla en la misma cesta que las sanas, acabaría por estropearlas. Todos los institutos del mundo eran así, y todos tenían a su Tanya Svarensko.

La muchacha era hija de un matrimonio ruso de emigrantes que se había establecido en el país cuando era un bebé. Sus padres, las pocas veces que acudían a las reuniones de tutoría, daban la impresión de ser buena gente: él, un trabajador de la construcción con manos grandes y callosas. Ella, empleada en una empresa de seguros y acostumbrada a hablar por teléfono todo el día, dominaba infinitamente mejor el idioma que su marido, y tenía unos ojos claros, grandes y sinceros, y un precioso pelo de alabastro que había heredado su hija.

No eran gente conflictiva, pero Velasco no se fiaba de los extranjeros (*si han tenido que abandonar su país de origen para venir a incordiar a éste, alguna razón tendrán,* era su dicho favorito).

Cuando matricularon a Tanya en el centro, el coordinador se olió problemas. La adolescente era contestataria, rebelde de una forma tranquila y elegante (es decir, no era una delincuente juvenil, pero tampoco había forma de meterla en vereda), y para colmo había abrazado una cultura urbana que hacía furor entre las chicas de su edad, y que a él lo sacaba de quicio. Se trataba de una moda importada del Japón que incluía modos de vestirse, de comportarse, de ir de compras e incluso de pensar, y que ellas llamaban indolentemente «Lolita».

Vergonzoso. No había otra forma de definirlo. Velasco se subía por las paredes cuando veía a aquellas niñatas vestidas como si fuesen muñecas (¡muñecas de escaparate, de tienda clásica de pueblo!), con faldas por debajo de las rodillas y maquilladas con coloretes. Las observaba andando por los pasillos, reuniéndose para pavonearse delante de los chicos en la cafetería, o saliendo a la pizarra a resolver un problema haciendo vibrar sus kilómetros de encaje.

A Velasco le rechinaban los dientes. Al menos a los delincuentes los tenía calados; sabía por dónde iban los tiros y podía anticiparse a sus movimientos, llamando a la policía si era necesario. Pero a aquellas niñas que

parecían fugadas de una película de Tim Burton... ¿cómo comprenderlas? ¿Cómo prever los movimientos de un grupo cuyas reglas y motivaciones le sonaban completamente alienígenas?

Si hubiese disfrutado de completa libertad a la hora de dictar las normas del instituto (y eso sería una de las primeras cosas que haría cuando fuese director), pondría severas restricciones a la moda de las tribus urbanas, Lolitas incluidas. Y desde luego que la señorita Svarensko, con sus modales finos e inconformistas, estaría en el punto de mira.

Lástima que hubiera un «pero». Siempre hay un pero.

El problema era que Tanya tenía un cociente intelectual próximo al de los genios. Y para más inri, era su principal baza en la batalla de intelectos de esa noche.

Velasco no había podido dormir bien. Las bolsas que lucía bajo los ojos hablaban de una larga lucha contra la vergüenza, contra el miedo a que los jueces vieran cómo una Lolita chiflada se subía al escenario para arrebatarle el premio a los alumnos encorbatados de otro instituto. La niña estrafalaria dejando en paños menores a los refinados lumbreras del colegio de enfrente.

Casi prefería no ganar el trofeo de genios, y permanecer así en un cómodo y resignado anonimato.

—Vamos, aparece ya —dijo para sí. Miró su reloj por octava vez, pero las manecillas seguían encalladas en la misma posición. Los chavales del equipo rival se

habían subido al escenario del Palacio de la Ópera, donde tendría lugar el concurso, y se estaban sentando tras unas mesas en V.

El coordinador tembló de envidia al verlos: bien peinados, con traje y chaqueta ellos, pulcras y recatadas ellas, de modales exquisitos... Eran todo lo que debía ser un niño prodigio. Y sin embargo, a él no le llegaba la sangre al cuerpo pensando en cómo se presentaría su capitana de mesa.

—¡Señorita, no puede pasar! ¡Esa... esa cosa que lleva puesta va contra las normas!

La voz llegó clara desde los bastidores. Era un regidor de la televisión (el concurso iba a ser retransmitido por un canal independiente) al que alguien había sacado de sus casillas.

El coordinador cerró los ojos. Ya está hecho, pensó; sus peores temores se habían vuelto realidad. Resignado, fue a ver qué pasaba. Y el corazón casi se le cayó en pedazos.

Tanya se había presentado, un poco tarde como era habitual en ella, pero con todo el armamento cultural de las Lolitas. Si bien el aspecto con el que acudía a clase a diario era extravagante, en esta ocasión parecía haber desempolvado todo el arsenal con el único propósito de que a Velasco le diese un infarto.

La joven era baja de estatura. Apenas levantaba un metro sesenta del suelo, pero irradiaba un aura que a

la mayoría de los chicos les resultaba incómoda. Un aura de extrañeza, de no haber nacido para aquel lugar ni para ningún otro que se encontrase a un siglo de distancia. Al igual que su madre, tenía los ojos azules, y al igual que su padre, iba armada con esa mirada de Europa del Este que advertía de los peligros de subestimarla.

Velasco le había pedido (qué demonios, se lo había suplicado, ésa era la verdad) que por una vez en su vida, y como signo de respeto hacia el sistema educativo, se vistiese de colegiala «formal». Con una camisa corriente, una falda sin encajes y un peinado que no requiriese cincuenta abalorios que recordasen los adornos de un cementerio.

Estaba claro que a Tanya la súplica le había entrado por una oreja y le había salido por la otra, sin encontrar la menor resistencia.

Llevaba un miriñaque de tela rígida que caía desde poco más abajo de su ombligo hasta pasadas las rodillas, rematándose allí con unas borlas que se llegaban a confundir con unos calcetines altos, al estilo japonés. Un corsé apretaba sus senos de adolescente convirtiéndolos en dos soles que emergían, pálidos, hasta tocar un collar de perlas negras. Sobre la cabeza llevaba un tul, y alrededor de las muñecas dos cintas blancas cuyos extremos colgaban hasta casi rozar el suelo.

Pero lo más impactante era el maquillaje. Tanya parecía haber sumergido su rostro en yeso, para pintarse

después unas ojeras encima y unas sombras que afeaban un poco su cara, pero que le daban un aire de muerte en vida que se conjugaba muy bien con el vestido. En conjunto parecía un espectro salido del *Cuento de Navidad* de Dickens, o de una película sobre polichinelas góticas.

La impresión fue demasiado para él. Velasco se apoyó en una pared, no fueran a abandonarle las fuerzas.

—¿Pero qué has hecho? —le gritó en susurros—. ¡Mírate, por Dios! ¿De qué vas disfrazada?

Ella le dedicó una mirada de asco.

—No es un disfraz. A mí me gusta ser así.

El coordinador sabía que era una batalla perdida, así que relajó el tono y trató de razonar. Sólo eso, razonar. No era demasiado pedir.

—Mira, Tanya, no es el momento ni el lugar, pero... Por favor, por todo lo que es sagrado y lo que más valoras de tu instituto, de tu enseñanza o de nuestra maldita civilización: cámbiate. Es un ruego personal. —Se rozó la cartera con el dorso de la mano—. Queda muy poquito para que empiecen, pero si... si hace falta, yo mismo te pagaré un vestido nuevo. Vamos al centro comercial de aquí al lado y te lo compro en un momento. Creo que aún no han cerrado.

La joven mantuvo su media sonrisa helada.

—¿Qué es lo que más le disgusta de mí, coordinador? —preguntó con calma.

—¿Que qué es lo q...? Mira, déjalo, no discutamos sobre esto ahora. No hay tiempo. —Señaló el cronómetro

digital que marcaba los minutos que faltaban para que empezase el concurso—. No quiero que salgas ahí fuera como la sobrina de Eduardo Manostijeras. Acompáñame.

—No —dijo ella, tajante—. Usted quiere algo de mí. Y yo quiero algo de usted. Si desea que colaboremos, déjeme en paz o me iré a casa y me entretendré el resto de la noche quitándome el maquillaje.

Velasco la miró fríamente. Dada la diferencia en altura que había entre ambos, parecía un coloso a punto de aplastar a una mosca.

—¿Qué es lo que quieres de mí, pequeña extorsionadora? —se arriesgó a preguntar.

—Respeto.

—¿Hablas en serio? —rió—. ¿De verdad quieres que alguien te respete vestida así?

—Usted verá. Lucharé por el instituto y por su ascenso si quiere, pero o lo hacemos a mi manera o... —Abrió apenas su bolso (también de época) para mostrarle el desmaquillante.

Velasco se llevó las manos a lo poco que le quedaba de cabello, pero se resistió a darse tirones. Ya se gastaba una fortuna en fortificantes para el pelo como para estarse arrancando mechones por gusto.

El contador digital estaba a punto de llegar a cero. El regidor hizo unas señas a un técnico y las luces del techo se encendieron. El público, principalmente padres y amigos de los participantes, abarrotaba las sillas del

paraninfo. Las mesas estaban llenas de chicos impacientes, a excepción del lugar que ocuparía Tanya.

Sus compañeros de clase se miraban confusos. ¿Por qué no estaba allí la duquesa rarita del saber? ¿Acaso les iba a fallar su principal arma secreta?

—OK, OK, está bien —claudicó Velasco, y fijó la vista en algo que volaba por encima de él. Tal vez los restos de su carrera—. Tú ganas. Sal. Pero por lo que más quieras, no falles ni una sola pregunta —le advirtió.

Tanya asintió. Localizó a sus padres en una de las filas de atrás, emocionados y tratando de disimular la cámara con la que lo filmarían todo, y les dedicó un saludo mientras salía al escenario para ocupar su puesto. Risas mezcladas con exclamaciones de asombro y unos pocos aplausos la recibieron. Velasco sintió cómo esas risas se le clavaban en el alma, pero a la chica no parecían importarle. Es más, parecía estar por encima de las opiniones que esos desconocidos tuvieran sobre ella.

Las luces se atenuaron. El público se fue callando y un pesado silencio cayó sobre el Palacio de la Ópera.

El regidor dio la señal, y la exhibición de la flor y nata de los institutos comenzó.

La joven de piel oscura brillaba bajo las farolas por la capa de sudor que cubría su rostro y sus brazos. Un coche del que salía una música estruendosa la cegó por un

momento con los faros, derrapó y siguió de largo entre risas manchadas de alcohol.

Las nubes seguían arremolinándose en el cielo, formando algo muy parecido a un vórtice.

Ya quedaba poco, lo intuía, pero estaba casi al límite de sus fuerzas, y aunque lograse encontrar a la elegida antes que sus enemigos, eso no garantizaba nada. Que estaría a su lado cuando muriera y poco más. Tenía que ceñirse al plan hasta que éste saltara por los aires, y luego improvisar.

Las nubes eran la clave. El vórtice se estaba creando sobre un edificio de la siguiente manzana, una especie de teatro en el que brillaban unas luces muy potentes.

Ése es, dijo entre dientes; *vamos, está muy cerca*...

Una risa aguda e inhumana llegó desde el extremo opuesto de la calle. No lo había soñado: eran ellos. Al volverse en redondo, presa del pánico, distinguió unas siluetas que la vigilaban desde la acera opuesta. Eran seis, delgadas, imposibles de separar de la oscuridad que las rodeaba como un halo. Sin miembros extra aparte de los estrictamente humanos.

Y la estaban mirando fijamente.

La muchacha apretó contra su pecho el espejo y forzó a sus doloridas piernas a moverse, más, más deprisa. Había gente en los alrededores de aquel edificio: paseantes casuales, curiosos, tal vez un guarda de seguridad. Si gritaba la oirían, y el habitual impulso de prestar

ayuda de los mortales haría que alguien acudiese a echar un vistazo.

Eso si ellos no le cortaban el paso.

Miró por encima del hombro. La esquina donde habían aparecido lo seis estaba vacía.

Maldición.

No supo cómo, pero una cantidad indeterminada de jadeos, imprecaciones y gemidos de dolor más tarde llegó a las escalinatas del edificio. Sobre la doble puerta principal colgaba un cartel inmenso que proclamaba

PALACIO DE LA ÓPERA
ESTA NOCHE: GRAN GALA DEL SABER
¡CONCURSO DE GENIOS!

en grandes letras doradas. La joven se apoyó en los primeros escalones, simulando haber corrido varios kilómetros, y miró a la calle vacía.

Seguía sin haber el menor rastro de sus perseguidores. Pero que estaban allí, en alguna parte, era lo único por lo que en ese momento podría haber apostado su vida.

Un guarda nocturno se acercó a ver qué le pasaba.

—¿Se encuentra bien, señorita?

El idioma que usaba el mortal se le antojó incomprensible. El espejo, notando el problema, gastó una pequeña pero vital parte de su esencia en alimentar

el cerebro de su dueña con todos los idiomas de aquel planeta, hasta los que se consideraban lenguas muertas, para que no volviera a encontrarse en semejante apuro.

Ella, traduciendo la frase del guarda de su recuerdo, dejó escapar un silbido.

—Eh... ¿disculpe? ¡Ah, se refiere a mí! Bien, estoy bien, es sólo que... —se frotó las piernas—, no me gusta volver a casa sin haber superado mi récord de diez manzanas. A veces cuesta.

—¿Sale a hacer *footing* en una noche como ésta? —se asombró el hombre—. ¿Con esa ropa? —La miró a los pies—. ¡Y encima descalza!

Vaya, ahora un problema cultural. La vestimenta de piedras cosidas no se parecía a lo que fuera que usasen aquellas personas para hacer ejercicio. Y para colmo, todos usaban zapatos.

Trató de arreglarlo.

—Este... sí, es un poco chocante al principio. Es que me entreno para un tipo especial de carrera. Una modalidad dura, con un nombre muy... muy extranjero. Y sus reglas... —sacudió la mano de arriba abajo, con cara de fastidio.

El guarda puso los brazos en jarras. La joven se fijó en que llevaba una porra como único armamento. Malo.

—Está bien, tómese un descanso, pero en cuanto se sienta mejor continúe. No puede ocupar las escaleras.

—De acuerdo, señor, muchas gracias. Por cierto —preguntó con suspicacia—, ¿qué se celebra? —Señaló el cartel.

—Oh, ¿esto? Nada, una minucia. Un concurso de talentos juveniles o algo así. Cosas de la administración.

—Ah. ¿Y se puede entrar?

—No, es imposible. Hace falta estar invitado. Además, está la tele.

—Lo comprendo, pero es que yo...

El hombre interpuso las manos entre ambos, como un puente levadizo.

—Esta discusión acaba aquí, señorita. Ahora despeje, si es tan amable, porque si no... yo...

Su expresión cambió gradualmente, de intolerante y enérgica a afable.

El espejito estaba brillando otra vez.

La muchacha lo tapó con las manos, preocupada, pero el hechizo ya estaba hecho. El guarda le dedicó su mejor sonrisa y la acompañó hasta la puerta.

—Le pido mil perdones, no sé en qué diantre estaba pensando —se excusó—. Normalmente no dejamos entrar a nadie una vez se cierran las puertas, pero en su caso por descontado que haremos una excepción. Si es tan amable...

Entreabrió una de las hojas y casi hizo una reverencia cuando ella pasó. La muchacha se vio sola en un recibidor inmenso, con arañas de cristal colgando de un techo abovedado.

En cuanto el guarda cerró la puerta se puso el espejo ante la cara y le lanzó una mirada furiosa a la imagen reflejada. No era la suya, sino la de una anciana que, a pesar de aparentar más de un siglo, seguía conservando una esplendorosa melena rubia.

—¡No hagas esas cosas, estás demasiado débil! —le espetó, irritada.

Era necesario. Estaban a punto de acorralarte —susurró una voz en su mente.

—No. Vuelvas. A. Hacerlo —silabeó, y ocultó el espejo debajo de su camisa.

La respuesta del espejo le llegó amortiguada:

Sabes muy bien que soy prescindible, Séfora. Lo único que importa es salvar a los muchachos. En último extremo, sacrifícame y obtendrás una última inyección de energía. Eso podría salvarte la vida.

Séfora no se dignó a contestar. Por supuesto que conocía la existencia de ese as en la manga, pero ni aunque fuese el último recurso sobre la Tierra pensaba emplearlo. No mataría a su mejor amiga para salvarse.

Unos aplausos atenuados llegaron desde detrás de la siguiente puerta. La joven se acercó de puntillas y giró el pomo.

Se sorprendió al ver lo grande que era el paraninfo, y lo lleno que estaba de humanos. Cientos de cabezas miraban hacia una especie de estrado en el que había dos largas mesas. Sentados a su alrededor aguardaban dos

grupos de diez jóvenes, de una edad similar a la de su objetivo.

En una pantalla se iluminaron unas letras, y uno de los chavales pulsó el timbre.

—Responderá el equipo del Instituto Cospedal —dijo una voz femenina por los altavoces.

Las cámaras apuntaron al chico, que se levantó, orgulloso. Una azafata le pasó un micrófono.

—La pregunta es: dentro de la célula, ¿qué es el citosol? Mi respuesta: un gel de base acuosa donde se producen muchas de las funciones más importantes del metabolismo celular.

Un panel cambió del 49 al 50, y el público aplaudió. Incluso se escuchó una alegre musiquita.

Séfora sintió un repentino arrebato de nostalgia. Había estado separada del mundo demasiado tiempo como para entender plenamente lo que veía, pero aquella escena le hizo recordar uno de los últimos momentos de su vida terrenal, cuando no era más que una vendedora de fruta en Fanar, el barrio griego de Constantinopla. Fue pocos meses antes de que la ciudad cayera en manos de los cruzados. Ya ni recordaba qué año era, pero sí la alegría que transmitían los actos en los que participaban los niños en el foro. La gente se reunía para verlos cantar, recitar poemas o jugar a la pelota, y les aplaudía cuando alguno hacía algo especialmente sobresaliente. Los vendedores ambulantes como ella acudían a la cita

y se mantenían cerca de los padres, por si alguno quería comprar fruta fresca. Aún recordaba el chispeante sonido de los tremissis de electro cayendo en su bolsa, la moneda de la época, contrapunteado por la alegre risa de los niños.

Qué recuerdos. Pero eso había sido antes de que la Figura Alada irrumpiera en su vida para prevenirla de la invasión, claro. Y de que todo su mundo cambiase de la noche a la mañana.

Se fijó en el marcador de puntuación: cincuenta frente a cincuenta. Los equipos estaban empatados, y por la tensión que se leía en sus rostros (y en los de los padres parapetados tras docenas de cámaras de vídeo), Séfora dedujo que el evento estaba llegando a su fin. Era una buena noticia: en la confusión de gente levantándose y abandonando la sala podría acorralar mejor a su objetivo.

—Última pregunta —dijo la impersonal voz femenina. Y veinte adolescentes contuvieron la respiración.

Ni siquiera el maquillaje podía ocultar su ansiedad.

Los participantes tenían prohibido acercar las manos a los botones de respuesta durante la formulación de la pregunta, así que Tanya tamborileaba con los dedos en sus rodillas. Miraba fijamente la pantalla, muy concentrada. El equipo del Cospedal era bueno, más de lo que había previsto. Pero tenían un defecto: pensaban

demasiado deprisa. Los habían entrenado para contestar de manera eficiente y rápida, para ser computadoras de respuesta instantánea.

Pero claro, pensando rápido no tienes tiempo de valorar los posibles dobles sentidos de las preguntas, las trampas que puede ocultar una ambigüedad intencionada. Y ya habían tropezado con esa piedra en varias ocasiones.

El panel se iluminó por última vez. Quien diese la respuesta correcta se llevaría el trofeo a casa, y con él la gloria y las ayudas a su carrera.

Los ojos de Tanya se afilaron.

La pregunta era: ¿Podéis decirme cuál fue la disciplina artística que hizo famoso al serialista Byron?

Diecinueve manos se lanzaron a la vez a machacar los pulsadores. Una se quedó atrás, congelada sobre la pantorrilla.

El más rápido fue el capitán del equipo contrario, un muchacho con aire de saberlo todo-sobre-todo que cada vez que acertaba una respuesta miraba con desprecio a los de la otra mesa, como si cada punto fuese un clavo más en su ataúd. Al ver que era él quien agarraba el micrófono, un murmullo de decepción se propagó por las filas de padres.

—Mi respuesta es la siguiente —empezó, más seguro de sí mismo que nunca—: La disciplina artística favorita de Lord Byron era la poesía, con la cual se hizo mundialmente famoso. Se le considera uno de los

autores más versátiles del Romanticismo, tanto que el argentino José Mármol inicia siempre sus poemas con epígrafes de Byron.

Aún no había terminado de hablar cuando los profesores del Cospedal se levantaron y empezaron a lanzar hurras. Los padres de los chicos también aplaudieron, por supuesto, y ya se estaban deshaciendo en abrazos y llamadas por el móvil a sus amigos para presumir de hijos...

Cuando la vigésima mano pulsó el botón de anulación.

Se hizo un silencio de sorpresa en el paraninfo.

Todos los ojos, incluso los de la espía que en aquel momento vigilaba desde la puerta, se posaron en la joven extraña del fondo, la que había acertado la mayor parte de las respuestas del concurso, salvo una tan obvia como la última.

El coordinador Velasco, que se mordía las uñas entre bastidores, renunció a su tratamiento capilar y se arrancó un buen mechón de cabello por la frustración, la sorpresa y el enfado. Al ridículo se añadía ahora el escarnio.

Tanya se tomó unos segundos para responder. Su madre le reprochaba a veces que era mala, que disfrutaba gastando pequeñas bromas y haciendo sufrir a la gente de su entorno... Pero aunque fuese así y acabara arrepintiéndose la mayoría de las ocasiones, aquel momento pensaba disfrutarlo.

—Un alumno del instituto Verdemar ha impugnado la respuesta —dijo la voz—. Tiene el turno de palabra la concursante número ocho. Si su alegato no es correcto, se restarán dos puntos a su equipo.

Tanya se puso en pie, alisándose la falda. Leyó el desdén en las caras del público; ¿quién es esta niñata que viene a discutir algo tan obvio como que Lord Byron era poeta?

Cogió el micrófono, carraspeó y dijo:

—En la pregunta no se hace referencia a ningún lord, ni a ningún romántico, pero sí a un «serialista». Lord Byron fue uno de los poetas más famosos de su tiempo, cierto. Pero quien fue pionero en el desarrollo del serialismo integral fue otro Byron, el compositor Milton Byron Babbitt. —Esto lo había dicho de cara a la platea, pero para la conclusión se giró lentamente hacia el capitán del Cospedal—: Y, sobra decirlo, su disciplina favorita era la música, no la poesía.

La pantalla también hizo sufrir a los asistentes, ya que se tomó su tiempo para adjudicar el punto, pero finalmente fue a parar a las arcas del instituto Verdemar.

La gente que hasta ese momento había permanecido callada estalló en una ola de aplausos, llantos y ovaciones que casi empañó el objetivo de las cámaras. Tanya le dedicó una reverencia dieciochesca a su competidor, que se desplomó abatido en el asiento, y buscó primero a sus padres (estaban de pie, intentando hacer funcionar

todavía la cámara digital) y a Velasco. El coordinador no estaba. Seguramente habrían tenido que sacarlo en camilla por la emoción.

También Séfora estaba emocionada, pero no por el resultado del duelo de intelectos, sino por lo que le mostraba el espejo: al volver la cara pulida hacia el paraninfo, la única persona de la multitud que se reflejó era aquella joven tan extravagante, la que parecía una niña vampira de paseo por el cementerio.

Ésa era su presa.

—¿Ella?

Se quedó pasmada. No se parecía lo más mínimo a la imagen que Séfora se había hecho de un elegido. Había venido buscando una jovencita recatada, de rostro y saber estar angelicales, con esa mirada tierna de las buenas practicantes de los Mandamientos. Y sin embargo, la elegida era aquella... aquel... lo que sea, que no sólo no vestía al estilo de los santos, sino que había disfrutado con auténtica malicia al aplastar al equipo contrario.

¿Habrían depositado alguna vez los arcángeles su poder en una persona así de siniestra y agresiva? ¿Se habría equivocado el espejo al mostrársela?

No, mejor no preguntarle, o la rabieta de su amiga podría ser antológica. Cuando una tiene mil años nunca se equivoca, hay que aceptarlo.

En fin. Si aquella persona era una de las tres, el Maestro tendría motivos más que sobrados para elegirla, así que bienvenida fuera.

Cuando volvió hacia sí el espejo para preguntarle su opinión, algo más se reflejó en él. Detrás y arriba, trepando por el entarimado del techo con sus largas extremidades deformes, como si la gravedad no tuviese ningún poder sobre ellos.

Los seis. Iban a por la chica.

Los dientes de Séfora rechinaron. *Aquí no, por Dios, no con tanto público*, suplicó, pero ya era tarde. Tenía que entrar en acción y proteger a la muchacha, o lo siguiente sería el fin del mundo.

Séfora se concentró, buscó los restos de iluminación que pudiesen quedar sepultados bajo su disfraz mortal, y de su espalda brotaron unas amplias alas emplumadas.